

hermano y le he reñido seriamente, y por eso al llegar quise decirle públicamente a que cumpliera su compromiso.

—Te lo agradezco porque esto ha servido para aclarar una situación insostenible.

—Menos mal... ¿Y qué tienes resuelto?

—¡Lo humano! ¡Casaros!

Serafín abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Lo humano llamas a eso! ¡Lo divino, dirás, que sólo Dios sería capaz de tanta bondad!

—Lo humano, Serafín... No persistamos en el engaño. Rosa y Felipe se quieren: que se casen.

—Pero, ¿y tú?

—A hacer calceta, a cuidar de madre, a cantar si puedo, cuidar mis pájaros, mis flores... ¡Tiene tantos quehaceres una mujer casera!

—Tú no debes sacrificarte así.

—¿Pues qué quieres que haga? ¿Cargar con un hombre que acabaría odiándome atrozmente? ¿Causar la muerte de mi hermana... o algo peor en su desesperación? Nada, Serafín, a mi hogar, a jugar con las muñequitas rotas... Como siempre. Ya estoy acostumbrada a ser plato de segunda mesa.

Serafín comprendió todo el dolor de la frase y calló. ¿No pensaba él asimismo?

XV

Isabel y Serafín hicieron gran acopio de flores y dispusieron la mesa con filigranas de hotel. La cristalería reluciente; la vajilla blanca; los manteles limpiísimos. Agua cristalina en el jarro. Vino negro y espeso en la botella. Daba gozo el comedor, en el que entraba el sol como una bendición.

Rosa no quería levantarse. Así se lo había dicho a doña Amparo.

Isabel fué al aposento de Rosa.

—Levántate... Es por tu bien...

—No quiero que te sacrifiques...

—Me obedeces o suelto el trapo... A la mesa y con la mejor cara que sepas componer.

ñando...—murmuró doña Amparo.

—¿Qué opinas tú, Evarista?—interrogó don Jacinto Bescós, el padre de Felipe, un vejete pacífico que gustaba de pasar inadvertido por el mundo.

lices, yo a llorar... Cantaré por si los cantares sanan mi alma... ¡Guárdate de desobedecerme!

Y sin decir más, salió cantando con acento trémulo, que trascendía a sollozo ahogado:

*Ya no me admiten a mí
en la casa de las penas,
pues son tan grandes las mías,
que ya no caben en ella.*

Rosa tumbóse hacia el colchón empapándolo de lágrimas y ocultando el rostro... y tapando, quizá, los oídos para ahogar el eco de la voz de su hermana.

¿Como era en realidad el Paraíso Terrenal?

Se ha escrito y hablado mucho sobre cuál pudo ser la situación geográfica del Edén y de aquel delicioso jardín en el colgado, que generalmente conocemos con el nombre de Paraíso Terrenal, sin que se haya llegado a un acuerdo sobre tan interesante cuestión, y, en cambio, se ha dicho muy poco acerca de cómo debió ser el susodicho jardín. Generalmente, nos contentamos con saber lo que de él dice la narración bíblica, o sea, que había allí toda clase de árboles agradables a la vista y buenos para comer, y en medio el árbol de la vida y el de la ciencia del bien y del mal. Pero ¿cómo eran estos árboles? ¿De qué manera estaban dispuestos? ¿Era el Paraíso un jardín como los que hoy conocemos, cuidadosamente arreglado, o una especie de selva virgen, llena de vegetación inculca y exuberante?

Desde luego, en todas las lenguas orientales el término "paradeesha", "pardes", "firdauz", "fardaiso", de donde procede el castellano paraíso, significa, no un lugar determinado, sino cualquier jardín extenso y bien arreglado, donde, además de árboles y flores, se ven animales enjaulados o en libertad. Viene a ser algo así como lo que nosotros llamamos un parque. Con la mayor frecuencia confúndense los conceptos edén y paraíso, pero son realmente dos

cosas diferentes. Edén era una región geográfica, un país, y el Paraíso no era sino un parque, huerto o jardín, situado en la parte oriental de dicha región.

Los judíos talmudistas han imaginado un Paraíso celeste, que parece inspirado sobre lo que del terrestre dice la "Biblia" y que en cierto modo puede tomarse como descripción de este último. Tiene esta mansión de delicias dos puertas, guardadas por setecientos mil ángeles, que reciben a los justos cantando y danzando: "Come y goza". El interior del jardín es una especie de Jauja, regado por cuatro ríos: de leche, de miel, de vino y de incienso.

Crece allí ochocientos mil árboles, bajo los cuales hay mesas de piedras preciosas y en medio de todo se levanta el árbol de la vida, cuyo follaje cubre el jardín entero.

Uno de los Paraísos pintados por Breughel se conserva en una de las salas del Museo del Prado, de Madrid. En La Haya se conserva otro pintado por el mismo artista en colaboración con Rubens, el cual se representó a sí mismo como Adán. Este cuadro, que ha sido objeto de los mayores elogios por parte de numerosos críticos, fué comprado en 1766, en Leyden, por 7.350 florines. Es también muy notable el Paraíso de Synders, del Louvre, donde se

ven, representados de tamaño natural, una pareja de caballos, otra de perros, otra de ciervos, un gato, una garduña, u león, un avestruz y otros muchos animales, mientras en último término se verificaba la creación de la mujer.

En la obra "Paradisus in Sole", de Parkinson, farmacéutico inglés del siglo XVII, se encuentra un grabado del jardín de Edén, en cuyo centro crecen claveles y otras flores de tamaño verdaderamente colosal. Otro libro muy curioso, el Schatzbehalter, editado en Nuremberg, por Kofurger, a fines del siglo XV, lleva una lámina en donde se ve en perspectiva todo el Paraíso, sin fieras, perros ni caballos, pero con una fuente que para sí la quisieran muchos jardines modernos, y un muro almeñado que recuerda el alcázar de Sevilla. Innumerables avejillas cruzan el espacio, y mientras en el fondo se representa la creación de la mujer, en primer término se ven a Adán y Eva, dejándose engañar por la serpiente.

Podrían citarse muchas más opiniones, escritas o pintadas, sobre la disposición y aspecto del Paraíso. Las citadas bastan, sin embargo, para probar que en este punto no estamos más adelantados que en lo que a la situación del mismo jardín se refiere.